

HORAS DE INTROSPECCIÓN. MUCHAS CERVEZAS, LE DIJE YO.

Cada vez que nos veíamos, solíamos charrar de las novedades, de lo que había sucedido en el mundo, de la actualidad; de la vida en general. A pesar de que pareciera otra cosa, las conversaciones salían de lo casual, de lo espontáneo, al contrario de lo que algunos me dijeran, en más de una ocasión, que parecía que nos buscáramos porque nos gustaba la discusión.

También en más de una ocasión me han dicho lo de "¡como os gusta cascar... os va el capazo!". Pues sí, me va el capazo.

Hablábamos de todo, pero quizá lo que más nos apasionaba era hablar de política -al menos era, sin duda, el tema de conversación más recurrente de todos los que podíamos buscar-; de la actualidad y de los viejos y venerados pensadores de otros tiempos que, aunque muy antiguos y después de tanto tiempo, han dejado su huella impresa hondamente en el pensamiento ideológico de ayer y de hoy.

Precisamente, la última a vez que coincidimos me habló de Bakunin, de Müntzer, de Godwin, de Pi i Maragall, de Acín, de Phroudon o del utópico Bourdier -del que me dio la sensación de que fue el que más le impactó- y todo el pensamiento anarquista que había estado leyendo esos días; y recuerdo que le dije que me estaba hablando con demasiada emoción de un pensamiento que, por su amplitud y dificultad, bien merecía horas de introspección: -muchas cervezas, le dije yo-. Y de esto, como no podía ser de otra manera, como cada vez que nos juntábamos por casualidad, surgía otra "agradabilísima" tarde en la terraza del bar, o en el parque de la pista, mientras los chicos del pueblo jugaban al fútbol en acto de festejos a San Polito; en cualquier lugar, porque cualquier momento parecía bueno para intercambiar pareceres, para confrontar discursos y significados.

A nuestra edad, los dos habíamos iniciado una nueva etapa universitaria. Otra agradable casualidad. Más cosas de qué hablar. Pero sobre esto, había gente que tampoco lo entendía:

¿Estudiando a tu edad? ¿Para qué?, Sí eso no sirve ya para nada....

Seguro que él, en alguna ocasión, también tuvo que escuchar estas mismas palabras -o al menos los significados que entrañan- de alguien que entendía que perdíamos el tiempo. Y aunque nunca le vi hacerlo, seguramente haría como hacía yo cada vez que escuchaba eso: responder con perplejidad: sonreír levemente, levantando con ironía la comisura izquierda del labio -como si se dibujara cierta sorna en el gesto-, mientras que, sin decir una palabra, aceptaba sumiso semejante alegato contrario a la sed de conocimiento. Y puede que lo hiciera, como yo, para no molestar. Si tuviera que dibujar el gesto... como si lo viera ahora mismo (y si alguien no lo ha entendido, le invito a que me pare y mi diga que se lo interprete en directo, que gustosamente lo haré)

Esta nueva etapa que iniciamos y que "no sirve ya para nada", nos ofreció la posibilidad de ampliar conocimientos, de saber más y con más consistencia; algo que nos dejó innovar en la conversación, en tener más temas, más curiosidades y, sobre todo, más preguntas; y así buscar la continua discusión amable, al estilo de los decaídos artistas que describió Camilo José Cela en

La colmena, aquellos bohemios y miserables que, sentados alrededor de una de las mesas de la cafetería que estaban hechas de mármol funerario, dejaban pasar las horas mientras se escuchaban y consumían tanto licor como sus secos bolsillos le permitían, mientras por los pasillos andaba la cigarrera a la espera de que alguien la reclamara.

Me resultaba curioso que, pensando los dos de manera parecida en la mayoría de las cosas, que compartiendo las mismas inquietudes y aplicando las mismas soluciones a los *issues* sociales de nuestro tiempo tuviéramos la capacidad de debatir sin parar. Pero aquí surge la técnica del debate, la búsqueda técnica de la confrontación intelectual sólo para provocar un debate, en el que las posturas defienden una posición o idea sin que tenga por qué ser lo que piensa o cree. Se apreciaba su humildad, el respeto por todo y por todos.

Seguro que lo echaré a faltar. Es uno de los recuerdos más agradables de mi vida. De eso no me cabe la menor duda. Sobre esto no hay discusión. Sobre esto, no habrá conversación.

Por otra parte, y sobre lo de lo de siempre, del saber con solera, el saber del bueno, recomiendo aprender a sentarse junto a esas personas (esos que los jóvenes llaman viejos) escuchar y aprender de ellos, en esos momentos del día que sientan a la fresca en verano o "al mor del fuego en aviento", en esos ratos que nos puede parecer que se quedan viendo pasar el tiempo. Ese momento es el ideal para que te cuenten cualquier cosa. Literalmente cualquier cosa. No existe algo tan agradable que sentarse junto a alguien que conoce y que ha vivido tantas cosas que han pertenecido y pertenecen a nuestro entorno más cercano pero que están alejadas en el tiempo. Porque han vivido de todo, con crudeza y con suficiencia, con penas y con alegrías, felicidades, riñas, guerras, posguerra, miserias, prosperidades, encuentros, fiestas y celebraciones. Nada que ver con lo que vivimos ahora, estos tiempos en los que nos parece una injusticia que el tipo que estaba antes que yo se haya llevado el último jersey que me "superencantaba" de las rebajas de otoño.

No hay nada como acercarte y que te cuente. Que te cuente cualquier cosa. Porque, además, les preguntas y siempre te contestan. Aunque sea a su manera. No te dejan indiferente.

Para mí, el escuchar la experiencia siempre ha sido como una necesidad vital.

Ya os conté en su día el buen rato que pasaba cuando acompañaba a mi abuelo al "banco azul" en las tardes de verano y me sentaba en el suelo frente a aquellos notables señores que cada día compartían asiento, para escucharlos cuando se soltaban y conversaban. Y más curioso me parece, y perdonad que haga este inciso, recordar cómo se acercaba Javier, en los ratos en que no le llegaban coches para repostar, y se soltaba en la charrada común de los notables.

Pues hoy encuentro ese placer junto a los que recuerdo como unos "modern-three Musketeers" a los que me encanta visitar cuando, en las tardes de domingo o de las fiestas de guardar, o en cualquier calle o cualquier banco a la fresca o a la solana me los encuentro por casualidad y me detengo a preguntar y escuchar, sólo porque me encanta, porque me gustan los mosqueteros.

Para mí será, sin lugar a dudas, unos de los recuerdos permanentes de mi vida más agradables.

Chabi Ferrández